



Son siempre las mismas. Las recogen como verdades incuestionables personajes del mundo académico, dirigentes políticos que se consideran todavía de vanguardia, populistas de izquierda y de derecha, columnistas y comunicadores fieles a los mitos de su juventud, sin preocuparse por verificar su validez en el mundo de hoy. Sirven de base, además, para políticas equivocadas que en vez de combatir la pobreza contribuyen a mantenerla en los desastrosos niveles de siempre.

Es hora de cuestionarlas y demolerlas a fin de que los líderes del futuro puedan abrir reales vías de desarrollo a nuestros países. El Instituto Cato inicia con esta publicación las Cartillas de la Libertad destinadas a fijar en los jóvenes latinoamericanos las líneas esenciales de un nuevo pensamiento.



1. Cada vez hay más pobres en el mundo y la brecha entre ricos y pobres es más grande

Ésta es la madre de todas las mentiras. Repetida de manera incansable en medios políticos, académicos, diarios y revistas, ha llegado a convertirse en una especie de axioma, no sujeto a discusión o debate. Forma parte del andamiaje conceptual del discurso políticamente correcto, del progresismo y del socialismo en general.

Los ejércitos de comunicadores de izquierdas suelen repetir que el mundo es un lugar cada vez más injusto. Obviamente, no escatiman oportunidad de adjudicarle la responsabilidad de estas injusticias a la voracidad del sistema capitalista, la globalización, el imperialismo y demás ‘demonios’ que supuestamente contribuyen al aumento de la pobreza y la profundización de la brecha entre ricos y pobres.

Nada más lejos de la realidad. Es un ejemplo significativo de cómo las imposturas derivadas de una ideología sustituyen el examen objetivo de los hechos y desconocen cifras e informes que dan del mundo de hoy una visión distinta, pues si bien es cierto que los ricos son cada vez más ricos, también podemos dejar bien claro que, aun así, la brecha entre ricos y pobres disminuye.

El número de pobres se ha reducido de forma espectacular en los últimos años gracias a la economía de mercado, el capitalismo y la globalización. Esta transformación no tiene parangón en la historia de la humanidad.

En primer lugar, para arrojar luz al debate es necesario recordar una realidad que muchas veces se ha olvidado. Durante la mayor parte de la historia de la

humanidad, hasta la Revolución Industrial, el estado normal del común de los hombres fue de pobreza extrema.

La gran estafa intelectual de cierta izquierda consiste en distorsionar con discursos emotivos sucesos que están cambiando ese viejo panorama. En los últimos 50 años la pobreza del planeta ha decrecido más que en los 500 años anteriores y el número de pobres que viven con menos de un dólar al día ha sido reducido en 500 millones de personas en los últimos 25 años.

Entre 1965 y 1998, se dobló el ingreso promedio mundial per cápita de 2.497 dólares a 4.839 dólares al año, y para la quinta parte de la población más pobre del mundo el aumento ha sido mayor, al incrementar su promedio de ingresos de 561 dólares a 1.137 dólares.

En su ponencia ‘Globalización y reducción de la pobreza’, una de las autoridades más respetadas del mundo respecto a crecimiento económico, Xavier Sala-i-Martin, arroja luz al debate e ironiza sobre el tema y hace aportes al respecto con cifras contundentes: “...cuando comienza la llamada ‘globalización neoliberal salvaje’ ...la pobreza baja de 1.200 millones de habitantes a menos de 800 millones de habitantes”. Con respecto a las desigualdades –la tan aludida brecha entre ricos y pobres– el mismo autor despeja todas las dudas, para lo cual recurre, otra vez, a números concretos y a tres índices distintos. “Desde cuando se inventó por primera vez la agricultura, hace diez mil años, hasta la Revolución Industrial, las desigualdades eran más o menos constantes...en el siglo XIX y buena parte del XX subie-



ron, y ahora, desde 1980, por primera vez, vuelven a bajar. Si comparamos la renta de los individuos más ricos (el 20% más rico) con la de los más pobres (el 20% más pobre) ...vemos que también baja. Y también si tomamos la de los muy muy ricos y los muy muy pobres –es decir la del 10% más rico y la del 10% más pobre, nos damos cuenta de que las desigualdades en todo el mundo bajan”.

Por lo tanto es necesario que derribemos este tópico y pongamos sobre la mesa los números de la verdad.



2. Somos pobres porque los países ricos nos explotan

En América Latina somos todavía pobres, no hay duda, pero la culpa es ante todo nuestra. Siempre hemos buscado presentarnos como víctimas de una continua explotación por parte de los países ricos y muy en especial de los Estados Unidos. Pero la realidad es que nuestros recursos han sido casi siempre mal administrados por el Estado, un Estado muchas veces carcomido por el clientelismo y la corrupción, donde los beneficiarios han sido ante todo los sectores políticos –cuyos favores se pagan con cuotas burocráticas–, los empresarios mercantilistas y ciertas oligarquías sindicales. Aún los gobiernos que se dicen defensores de los pobres y buscan favorecerlos mediante subsidios y políticas asistenciales, acaban castigándolos por culpa de la inflación y el aumento del desempleo que resultan de un mal manejo de la hacienda pública.

Los elevados impuestos, que en busca de la llamada ‘redistribución de la riqueza’ gravan a los empresarios, generalmente acaban por empobrecer al conjunto de la sociedad, pues entorpecen la formación de capital. En cambio, los países que han aplicado un modelo liberal, basado en la economía de mercado y en el aprovechamiento de las ventajas que ofrece la globalización, como es el caso de Chile en América Latina, son los únicos que han logrado disminuir de forma radical los niveles de pobreza.

A la hora de señalar a los verdaderos culpables de una situación que contrasta con la de los países del primer mundo, es preciso reconocer que los tenemos dentro de casa y no fuera de ella. En unos casos juegan intereses propios ligados a un sistema proteccionista, y en otros, creencias o ideologías equivocadas. Entre los primeros aparecen ante todo los políticos clientelistas que desencadenan formas de corrupción desde el momento en que necesitan utilizar con ligereza los dineros públicos para comprar con prebendas y privilegios a buena parte de sus electores.

Otro sector que medra a la sombra del Estado es el de los empresarios que muchas veces prosperan y se enriquecen no precisamente gracias a la libre competencia

y al mercado, sino a la sombra del proteccionismo y a los beneficios – contratos, subsidios, monopolios, aranceles proteccionistas, préstamos a fondo perdido, etc.– obtenidos del poder político. El contubernio de estos empresarios ‘mercantilistas’ con el clientelismo es un hecho visible en casi todos nuestros países. El pretexto o disfraz que los ampara a unos y otros es el nacionalismo.

Por otra parte, las creencias ideológicas que acuden a dar un soporte a este tipo de modelo provienen de una izquierda radical, de estirpe marxista, declarada o encubierta, que combate el mercado considerándolo como expresión de un ‘capitalismo salvaje’. Esta izquierda tiende a desaparecer como alternativa real de poder en los países miembros de la Unión Europea, cuya legislación económica no les abre campo alguno, pero persiste en América Latina como opción supuestamente liberadora o revolucionaria, y tiene cierto anclaje en algunos sectores sindicales ligados a empresas o servicios del Estado. Dichos sindicatos, que obtienen numerosos privilegios, suelen oponerse a la privatización de empresas públicas, aunque éstas sean inoperantes y registren cuantiosas pérdidas. Cuando agrupan maestros o educadores financiados por el Estado, se niegan a ser objeto de pruebas para evaluar su calidad o méritos. Ello en gran parte explica la baja calidad de la educación pública y las dificultades que encuentran quienes se forman en ella para acceder de manera competitiva a los mercados de trabajo

Quienes buscan y señalan fuera de nuestras fronteras a los responsables de la pobreza son los mismos que ayudan a mantenerla por defender privilegios propios.





3. Para acabar con la pobreza hay que redistribuir la riqueza

Lamentablemente esta mentira no está sólo confinada en el ámbito de una vieja izquierda populista, sino que llega a ser un lugar común en casi todos los sectores de nuestro universo político. Numerosos comunicadores se encargan de transmitirla, reproducirla y amplificarla como una verdad irrefutable.

El error principal de esta afirmación es dividir la producción y la distribución de riqueza en compartimentos estancos, desligados el uno del otro. En realidad, son cara y cruz de un mismo proceso. Conforman un vínculo indisoluble. En este sentido, no es ocioso reafirmar que nadie tiene interés en producir lo que sabe de antemano que se lo van a quitar. Lo importante de todo proceso económico es la creación de riqueza, cuyo motor está en la empresa privada y no en las empresas generalmente deficitarias del Estado.

Ahora bien, la famosa 'redistribución' significa otra cosa muy distinta. Encarna el procedimiento de hacer uso del poder para apropiarse, por medio de impuestos, de recursos creados por el esfuerzo de la empresa privada para distribuirlos o dilapidarlos de forma arbitraria y coactiva.

Contrariamente a la creencia popular, esta redistribución forzosa de la producción altera el funcionamiento de los mercados y genera un efecto inverso al que se busca: al suprimir los estímulos a la creación de riqueza se convierte en un factor de empobrecimiento, porque los mercados no son otra cosa que miles de millones de personas que interactúan y ponen de manifiesto sus intereses, deseos, y preferencias por medio de otros miles de millones de acuerdos libres, pacíficos y voluntarios. El mercado es, en definitiva, lo que la gente quiere y desea. Querer manipular el mercado libre encierra la pretensión de sistematizar y entender todos los deseos e intereses de los actores que están en juego. No existe procesador en el mundo capaz de semejante tarea. Mucho menos un burócrata.



4. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial son las puntas de lanza del neoliberalismo, y los responsables de la pobreza de nuestros pueblos

Estas dos organizaciones fundadas por gobiernos, financiadas mediante impuestos, manejadas por políticos, que cuentan con grandes burocracias y cuyas misiones consisten en intervenir los mercados para corregir sus 'imperfecciones', tienen poco o nada de liberales. De tal forma, quienes hacen esta afirmación demuestran

su completa ignorancia sobre la naturaleza de estas dos instituciones.

Los liberales vemos al FMI y al Banco Mundial con un alto grado de escepticismo. Esto debido a que ambas instituciones cuentan con un amplio historial de brindar apoyo económico a gobiernos que se caracterizan



por políticas irresponsables. Por ejemplo, al salir al rescate de países que se encuentran en aprietos financieros, el FMI incentiva el mantenimiento de las políticas que generaron las crisis en el primer lugar. ¿Para qué realizar reformas si el FMI va a venir a rescatarnos? Así, el FMI rescató a Argentina con préstamos masivos que no terminaron por evitar una crisis financiera ni estimulando políticas disciplinadas.

Por su parte, el Banco Mundial cuenta con un magro récord de gastar cientos de miles de millones de dólares en ayuda externa que ha sido destinada mayoritariamente a gobiernos cuyas políticas inhiben el crecimiento económico. La eficacia de los fondos se ve disminuida aún más por las deficiencias institucionales y la corrupción que caracterizan a los gobiernos que reciben la ayuda externa.

Aún cuando estos organismos dan dinero a cambio de reformas 'liberales', en la práctica esta condicionalidad no funciona. Como lo mostrara el economista y ex funcionario del Banco Mundial, William Easterly, hay países que han estado en la planilla del FMI durante décadas. La inercia burocrática de ambos organismos los obliga a entregar dinero sin importar si los gobiernos han reformado sus economías o no. De otra forma la alternativa es dejar de dar recursos y quedarse sin trabajo. Las grandes reformas en América Latina se han hecho a causa de factores domésticos –lamentablemente muchas veces por crisis económicas– y no porque durante décadas se hayan recibido préstamos.

La pobreza y el subdesarrollo dependen en última instancia de las políticas que implementen los países, y no de factores o instituciones externas. El FMI y el Banco Mundial pueden haber contribuido a la perpetuación de políticas contraproducentes, pero en definitiva no son responsables ni por el éxito ni por el fracaso económico de los países.

“Los verdaderos culpables de nuestra situación los tenemos dentro de casa y no fuera de ella.”



5. Los Tratados de Libre Comercio con los EE. UU. arruinan a nuestros productores y sólo favorecen a los estadounidenses

Este mito, tan divulgado en América Latina, convierte en daño lo que en realidad puede ser una enorme y ventajosa oportunidad. La propagación de este infundio genera un terreno abonado para que políticos demagogos entorpezcan u obstaculicen la celebración de tratados de libre comercio. Mientras que estos tratados han demostrado que conllevan éxito y prosperidad, el discurso imperante va por otro sendero. Otra vez el de la mentira.

En el caso Latinoamericano los ejemplos de México y Chile son ilustrativos. El TLC (NAFTA) ha acercado a México a los niveles de desarrollo de sus socios comerciales, Canadá y EE. UU. Sin este tratado, las exporta-

ciones globales de México hubiesen sido alrededor de un 25% menos y la inversión extranjera directa (IED) un 40% menor. Asimismo, la transferencia tecnológica desde los EE. UU. hacia México se aceleró, hasta el punto de que el tiempo requerido para la adopción de cualquier nueva tecnología se redujo a la mitad del que tomaba antes del TLC. También contribuyó a la reducción de la pobreza, a la generación de empleos y a la mejora de su calidad. En conjunto, el ingreso por habitante en México hubiese sido entre un 4% y 5% menor a finales del año 2002 si no se hubiera implementado el acuerdo. Datos muy parecidos se pueden aplicar a Chile luego de la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) con EE. UU.

Las exportaciones de aquel país a EE. UU. durante el año 2005 fueron un 8% superiores a las del año anterior, y un 80% más altas que en el año 2003. Las importaciones crecieron en 2005 un 39,4% con respecto al año anterior y un 88% con relación a 2003.



6. Las empresas multinacionales saquean nuestras riquezas y constituyen una nueva forma de colonialismo

Realizan estudios, construyen plantas, trasladan equipos, organizan sistemas de producción y distribución con el objetivo de conseguir beneficios. La búsqueda de ganancias es el motor y el incentivo de toda empresa, pero ello, en vez de perjudicarnos, nos beneficia porque invierten dinero, trasladan tecnología, generan empleo y contribuyen al desarrollo económico de una nación. Los países que saben atraer la inversión extranjera mediante seguridad jurídica, bajas cargas impositivas y facilidades de todo orden son los que han logrado los más altos niveles de desarrollo económico y social. En cambio, los países más atrasados del planeta tienen como rasgo común la ausencia de inversiones extranjeras. Países como China o la India se han convertido en polo de atracción para las empresas multinacionales, las cuales están contribuyendo al crecimiento espectacular de sus economías y a la reducción acelerada de la pobreza, mientras que las políticas de corte populista y nacionalista surgidas últimamente en América Latina las ahuyentan. Si a ello agregamos males endémicos de nuestra realidad como la corrupción, la inseguridad jurídica, las amenazas a la propiedad privada, el exceso de regulaciones y de trabas burocráticas, y la rigidez de la legislación laboral, en el mundo globalizado de hoy, cada vez más competitivo, llevamos todas las de perder. Pero, por encima de todo, la superstición ideológica propia del marxismo y de todas sus variantes es lo primero que conviene demoler. Si tomamos el ejemplo de Cuba o Corea del Norte, se hace evidente el fracaso de estas ideologías totalmente obsoletas y divorciadas de la realidad.



7. El mercado enriquece sólo a unos pocos y se olvida de los desprotegidos

¿Será realmente el malo de la película? Así lo ven quienes consideran que sólo atrae a los típicos exponentes de un capitalismo salvaje y del neoliberalismo, más interesados en negocios rentables que en políticas sociales.

Esta fábula ideológica muy difundida puede desembocar en políticas erróneas, que contribuyen a fomentar la pobreza y no a su disminución. Desconocer el mer-

cado es algo tan arbitrario como desconocer la ley de la oferta y la demanda. En efecto, un país vive esencialmente de lo que vende, lo cual le impone conocer bien las reglas del mercado y obtener de ellas el máximo beneficio posible. Al respecto, dos políticas contrarias se han establecido, una funesta y otra muy positiva. La funesta tiende a confiscar la libertad económica con medidas proteccionistas que suprimen la competencia con el





exterior y degradan la calidad de los productos locales, con rechazo a la libertad de cambios y de precios, con una fuerte burocracia que dispara el gasto público y, a veces, con emisión de papel moneda para cubrirlo, lo que dispara la inflación. Su real beneficiario es un capitalismo mercantilista –ése sí realmente salvaje– que enriquece a empresarios amigos del gobierno con toda suerte de prebendas, contratos, subsidios y aranceles, con el fin de no exponerlos a las alternativas del mercado.

La política que ha convertido o está convirtiendo en ricos a países que tan sólo ayer eran pobres, es diametralmente opuesta. Acepta, por el contrario, los retos de la libertad de mercado y la globalización. Su fórmula es captar capitales en vez de espantarlos; privatizar, en vez de nacionalizar; ver a la globalización no como un

riesgo, sino como una oportunidad; crear productos industriales de valor agregado y ofrecer servicios con ventajas competitivas; buscar el amparo de áreas de libre comercio; bajar las tasas impositivas; dar incentivos y ventajas a los inversionistas; disminuir las dispendiosas tramitaciones y asegurar la flexibilidad laboral. Todo ello queda encerrado en el concepto de una política económica de libre mercado. Es, por cierto, la que permitió el despegue de los tigres asiáticos, y más recientemente, el de Irlanda y países de la antigua Europa del Este, para no hablar de China y de la India.

La experiencia demuestra que las políticas proteccionistas, que dan la espalda al mundo de hoy, empobrecen en vez de liberar a los desprotegidos, en tanto que la segunda constituye el mejor remedio contra la pobreza.



8. Al Estado le corresponde buscar mayores niveles de igualdad y proteger a los desvalidos con políticas de alto contenido social

Esta afirmación, tan frecuente en los discursos políticos de América Latina, requiere aclaraciones para no incurrir en los típicos desvaríos populistas. La búsqueda de la igualdad, tal como éstos la entienden, consiste en algo que ya mencionamos, ‘redistribuir la riqueza’, o sea, transferir al Estado por medios impositivos parte de los recursos de quienes tienen más para supuestamente otorgárselos a quienes tienen menos, mediante los llamados programas sociales. Se parte de la base de que la riqueza es algo así como un botín mal habido que debe repartirse, con lo cual se ignora que su real creación corre por cuenta del sector privado, de su capacidad de ahorro y de inversión, y no del Estado, que suele contar entre sus principales favorecidos a la burocracia y al clientelismo político.

La igualdad debe entenderse en el punto de partida: igualdad de derechos, igualdad ante la ley, igualdad de oportunidades en acceso a la educación en todos sus niveles. Pero no puede haber nunca igualdad en el punto de llegada porque ahí entra en juego el esfuerzo y la capacidad de cada individuo, y recortar o redistribuir los beneficios obtenidos por él en aras de una nivelación social es un factor de desaliento. Países socialistas, co-

mo es el caso de Cuba, que han buscado la igualdad al establecer el mismo salario para cada trabajador o profesional, lo que han conseguido es un estancamiento y una situación de estrechez generalizada, con excepción de su nomenclatura dirigente. La búsqueda del beneficio y de mejores estándares de vida es el motor del progreso y desarrollo de un país. En una sociedad realmente libre, cada individuo debe ser dueño de forjar su destino.

Postulados ideológicos equivocados confunden el verdadero papel del Estado. El dirigismo y la planificación tienden a confiscar arbitrariamente la libertad económica, que es la mejor terapia para combatir la pobreza. No fue ese el papel que jugó el Estado en Chile, Japón, Corea, Taiwán y Singapur, y más recientemente en Irlanda, Estonia, Polonia o Nueva Zelanda. Allí el Estado se puso al servicio de la productividad y del mercado, estableciendo el marco jurídico y las garantías para estimular la inversión privada, y garantizar el desarrollo tecnológico, el orden y la seguridad. No entró a sustituir al sector privado. Jugó un buen papel de árbitro y no de competidor.



9. No es bueno privatizar empresas públicas porque ellas cumplen una función social

Éste es un dogma sagrado para la vieja izquierda, cuyos devotos consideran que la seguridad social, los servicios públicos y las empresas que tengan para un país valor estratégico, deben ser monopolio del Estado.

La realidad, en la mayoría de los países de América

Latina, acabó por refutar este postulado puramente ideológico. Burocracia, incompetencia, mala atención al público, equipos descuidados o deficientes, además de las prebendas otorgadas a oligarquías sindicales que vegetan a la sombra de todo monopolio estatal, han



demostrado que el Estado suele ser un mal empresario y un pésimo administrador. Bien es sabido que el clientelismo político y su fiel compañera, la corrupción, son males endémicos.

En países como Argentina o México donde tanto el peronismo como el PRI se mantuvieron por largos años fieles al dogma de los servicios públicos en manos del Estado, hasta presidentes como Menem o Salinas de Gortari privatizaron las compañías de teléfono o compañías estatales de aviación para salvarlas de una crisis que afectaba gravemente sus servicios y usuarios. Igual proceso se cumplió en Perú, Brasil, la República Dominicana, Colombia, los países centroamericanos y, desde luego, antes que muchos otros, Chile. Es necesario destacar también que muchas veces estos procesos de privatización en América Latina se han dado como un mero traspaso de monopolios públicos a monopolios privados. Para que una privatización sea eficiente debe ir acompañada ineludiblemente de una liberalización de los mercados, de marcos reguladores adecuados y de libre competencia. Estos requisitos necesarios, por desgracia estuvieron ausentes en las privatizaciones de los años 90, lo cual abrió la puerta a falsos infundios contra el liberalismo, estigmatizándolo como un neoliberalismo y expresiones de un capitalismo salvaje

Venezuela, un país donde se habían abierto paso también a la privatización de empresas estatales por las mismas razones que en el resto del continente, ahora vuelve atrás, a las nacionalizaciones por decisión del presidente Hugo Chávez y su empeño de imponer el llamado por él Socialismo del siglo XXI, modelo que al parecer seguiría las mismas pautas ideológicas de la revolución cubana. Pero la realidad, una vez más, demuestra que el proceso iniciado por Chávez se traduce, por un lado, en un grave debilitamiento del sector privado, en fuga de empresas y capitales y en un clima hostil para la inversión extranjera, y por otro, en burocracia, corrupción y aumento del desempleo. Al lado de esto, gracias a los privilegios del llamado Estado bolivariano, se ha creado una nueva y ostentosa casta de nuevos ricos que empiezan a ser conocidos como los 'boliburgueses'.



10. La globalización sólo sirve a los intereses de las grandes empresas multinacionales y contribuye a hacer más ricos a los países ricos y más pobres a los pobres

La réplica a esta afirmación la dio en su tiempo el pensador francés Jean François Revel: "A quien habla en esos términos contra la globalización o mundialización uno le pregunta: bueno, ¿está usted a favor de cerrar las fronteras? No, no, de ningún modo, contesta. ¿Quiere usted la colectivización de los medios de producción? Tampoco. ¿Está usted contra la libertad de comercio y la libre circulación de personas? No, claro que no, le res-

ponde; no quiero decir eso. ¿Entonces qué es lo que quiere decir?, pregunta uno. Porque en realidad no ve dónde está la otra alternativa. Eso me recuerda alguna frase del general Velasco Alvarado recogida en el *Manual del perfecto idiota latinoamericano*: El gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas no es ni comunista ni capitalista, sino todo lo contrario. "La verdad -sostiene Revel- es que en todas partes se



liberaliza, se privatiza, se acepta la apertura al mercado internacional. Es una evolución mundial, a la que no escapan ni siquiera países dirigentes como la India. Los propios chinos quieren vender y comprar en América, Chile, Argentina y Uruguay, y esperan que les compremos sin trabas sus productos agrícolas. Nadie es tan loco como para encerrarse en sus propias fronteras. La globalización es un hecho, a mi modo de ver, irreversible”.

“Las protestas contra la globalización en Seattle, Davos, Praga y otros puntos del planeta tienen para mí una explicación. La *intelligentia* de la izquierda tuvo en todas partes una formación marxista. Filosóficamente se formó en la idea de que debía acabarse con el capitalismo, fuente de todas las injusticias. De modo que para esos izquierdistas ahí está el peligro, aunque no exista otro modelo con qué remplazarlo. Ésa es todavía la filosofía de muchos. Sólo que se encuentran ya muy desorganizados intelectualmente. Se contentan, pues, con gritar contra la globalización en las calles y apedrear o quemar los MacDonal’d’s. Como se ve, el pensamiento dialéctico ha caído muy bajo”.

De su lado, la publicación *América Latina: una agenda de libertad*, de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), sostiene este mismo punto de vista: “América Latina tiene mucho que ganar con un comercio libre en el resto del mundo. Y tiene mucho que perder con un proteccionismo que sólo responde a los intereses particulares de determinadas minorías y perjudica a la mayoría de los ciudadanos. El discurso proteccionista, tan antiguo como desacreditado, es hoy enarbolado por el nuevo populismo nacionalista y antiglobalizador”.

“La experiencia de la mayoría de países asiáticos, de Europa Central y Oriental revela que la apertura económica y comercial al resto del mundo ha constituido un motor potentísimo de crecimiento y desarrollo. Las industrias son ahora mucho más competitivas que antes, son más innovadoras, producen y exportan más y generan mucha más renta y empleo”.



El neoliberalismo representa el capitalismo salvaje. Es una típica ideología de derecha que tiende a hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres

Esta afirmación, tan corriente en el mundo académico y en ciertos medios de comunicación, encubre varias mentiras. La primera es que el neoliberalismo, en realidad, no existe. Se trata de una etiqueta falaz destinada a deformar una concepción política estrechamente ligada a la democracia y a políticas de desarrollo económico basadas en una simple lectura de la realidad. El liberalismo clásico no es una construcción teórica a priori que acoge todo aquello que la respalda y desecha todo lo que la refuta, rasgo característico de cualquier línea de pensamiento que pretenda crear una realidad en vez de buscar normas y políticas que se ajusten a ella. Estas construcciones rígidas, como las religiones, se alimentan de dogmas de fe. Buscan explicar el mundo y la sociedad a partir de confortables presupuestos teóricos sin someterse a su comprobación. Cuando los hechos las desmienten o derrotan, acuden a la satanización de las propuestas que les son contrarias para provocar rechazo en la conciencia pública. El rótulo infamante sustituye los argumentos.

Los liberales creemos en la libertad individual y en el Estado de Derecho, o sea en leyes neutrales que no den ventaja a persona, partido o grupo y que eliminen los privilegios. En el plano económico, sostenemos propuestas verificadas por la experiencia sobre cómo algunos pueblos han alcanzado mayor grado de eficiencia y desarrollo, y mejor armonía social. Defendemos el libre mercado en vez de la planificación estatal, la libre

competencia, la ausencia de monopolios, el control del gasto público, la reducción del tamaño del Estado y, por consiguiente, de la burocracia y las regulaciones, y pensamos que no hay mejor estímulo para la economía que la actividad de los empresarios y la iniciativa privada. Proponemos la igualdad en el punto de partida, a través de la educación, y de las oportunidades, y no en los resultados que dependen esencialmente del esfuerzo individual. Los liberales preferimos que la oferta de bienes y servicios descansa en los esfuerzos de los ciudadanos y se canalice por vías privadas y no por medios oficiales. Contrariamente a las ideologías que pretenden conocer las leyes del desarrollo histórico, como es el caso del marxismo, los liberales no sabemos hacia dónde marcha la humanidad y no nos proponemos, ni pretendemos, por lo tanto, guiarla a destino alguno.

“El discurso proteccionista, tan antiguo como desacreditado, es hoy enarbolado por el nuevo populismo nacionalista y antiglobalizador”





Jean François Revel sostenía en su libro *El cono- cimiento inútil* que “las políticas liberales se extienden en todo el mundo y, al mismo tiempo, en el plano ideo- lógico, la insurrección contra el liberalismo se hace muy intensa. Se puede encontrar en un sistema liberal toda suerte de defectos, de injusticias, de desigualdades, jus- tamente porque no parte de una construcción ideológi- ca sino de un manejo de la realidad, que es siempre compleja. Las ideologías, como elaboraciones teóricas, son perfectas. La realidad nunca lo es. Adam Smith no postuló una teoría. Simplemente captó qué era lo que había permitido a unas sociedades volverse más ricas que otras y extrajo las consecuencias. La riqueza se crea dejando trabajar a la empresa privada y no ahogándola. No se puede proteger a los pobres con una economía deficiente”.

A favor de sus concepciones, podemos mostrar que los países que han adoptado un modelo liberal de de- sarrollo, asumiendo el libre mercado y las ventajas de la globalización, son los únicos que han salido o salen de la pobreza, como es el caso de los tigres asiáticos (Corea del Sur, Singapur, Hong Kong, Taiwán) y más recientemente, Nueva Zelanda, Irlanda, Estonia y Chile, en tanto que aquellos que mantuvieron el dogma marx- ista-leninista viven situaciones de penuria como Corea del Norte y Cuba.

Los países latinoamericanos que no han adoptado ninguno de estos dos modelos opuestos, pero que se ex- travían en derivaciones populistas, clientelistas, estatis- tas o proteccionistas, mantienen aún elevados índices de pobreza.



12. La verdadera izquierda es incompatible con la economía de mercado y la globalización

Depende de lo que se llame verdadera izquierda. Si es la de Castro, Chávez, Correa, Evo Morales o Daniel Orte- ga, desde luego que es incompatible con una economía de libre mercado y con la globalización, realidades pre- sentadas por ellos como recursos para enriquecer más a los países ricos y empobrecer más a los países pobres. En realidad, se trata de lo que el intelectual británico Anthony Giddens –inspirador de la Tercera Vía puesta en marcha por Tony Blair– llamó “una vieja izquierda fundamentalista que hizo de la nacionalización y del control del Estado fines en sí mismos, convirtiendo una receta política en ideología”. Por fortuna existe también una nueva corriente de izquierda, identificada con esta tercera vía, para la cual no hay divorcio entre el so-

cialismo democrático y el liberalismo en cuanto a los fundamentos macroeconómicos. Dicha Tercera Vía se nutre de la unión de esas dos grandes corrientes de pensamiento (social-democracia y liberalismo) cuyo di- vorcio, según Giddens, “debilitó tanto la política progre- sista en todo el continente”. Respecto a la globalización, el manejo de la economía, el papel del Estado y el papel del mercado, la izquierda representada por un Chávez, un Evo Morales o un Rafael Correa es incompatible con la otra, la que ha tenido que aceptar la realidad del mun- do contemporáneo y la disciplina fiscal y monetaria, y la cual, además ha creado un clima hospitalario para la inversión extranjera en vez de satanizarla.



13. El Socialismo del siglo XXI es la nueva salida para América Latina. Se inspira y toma como ejemplo la revolución cubana

Nadie sabe hoy en qué consiste esta propuesta. Al citar a Cuba como ejemplo, es claro que no se habla de una opción socialdemócrata sino de un socialismo marxista-leninista, el mismo que fracasó en la Unión Soviética y en los países del este de Europa en el siglo pasado, después de haber establecido regímenes totali- tarios, purgas y ‘gulags’ y haber dejado en el mundo, a lo largo del siglo XX, un saldo de cien millones de muertos. ¿Qué necesidad habría de reeditar semejante experiencia? Si se pone a Cuba como ejemplo de lo que se quiere lograr hoy en el continente iberoamericano, habría que mirar de cerca la realidad de este país y la situación en que se encuentra después de cincuenta años de revolución castrista: dos millones de exiliados sobre una población de once millones de habitantes; 17.000 fusilados por los llamados delitos ‘contrarrevolu-

cionarios’; más de 200 prisioneros políticos reclusos en condiciones inhumanas; partido político único y au- sencia de libertades públicas; un salario promedio de 20 dólares mensuales que agrava las carencias popu- lares de comida, agua potable, vivienda, electricidad y transporte; un Estado improductivo que se ve obligado a importar el 80% de los artículos básicos que antes de la revolución se producían en la isla; prostitución, mercado negro, doble moral, delaciones, miedo. Seguir una vía que ha dado tales resultados es simplemente un disparate.

Venezuela sigue este camino con algunas variantes que pertenecen o que toman en préstamo algunos per- files propios del fascismo. No en vano, uno de los men- tores de Hugo Chávez fue el sociólogo argentino Nor- berto Ceresole, asesor de los dictadores militares Velasco





Alvarado, de Perú, y Viola, de Argentina. Su recomendación es la de construir el poder en torno a la fórmula caudillo, Ejército y pueblo, y la de sustituir la democracia representativa por una democracia participativa, de tinte revolucionario, que elimina la real separación de

poderes y utiliza el referéndum como arma para lograr sus fines. De modo que este puchero tropical contiene ingredientes del castrismo, del fascismo y del populismo, lo que ciertamente no lleva a nada bueno.



14. La revolución socialista del siglo XXI está inspirada en el pensamiento de Bolívar

A quienes esto afirman, incluyendo en primer término a Hugo Chávez y a las FARC, habría que recomendarles un libro titulado *Bolívar y la guerra social*, de Juan Bosch, quien fuera connotada figura de la izquierda dominicana y presidente de su país. Bosch asegura, con irrefutables pruebas documentales, que Bolívar se opuso siempre a la guerra de clases y a la guerra de colores que el español José Tomás Boves desencadenó astutamente en Venezuela, de 1812 a 1814, para derrotar a los patriotas. Boves, en nombre del rey, levantó a los llaneros, que eran mestizos (o pardos, como se les llamaba entonces) contra la aristocracia criolla o ‘mantuanos’, directos descendientes de españoles, que habían declarado la independencia. A esa clase pertenecía Bolívar. Aquella fue ante todo una guerra social muy sangrienta. “Esa guerra –escribió Juan Bosch–, que inició Monteverde y que encarnó Boves, había tenido el propósito inconsciente de igualar a los de abajo con los de arriba mediante la destrucción de los de arriba. Para hacer iguales al llanero, sin más amparo que su lanza y su caballo, y al mantuano, dueño de tierras, esclavos, casas, oro, el camino más corto era hacer desaparecer a los mantuanos, y eso

hicieron los soldados de Boves”. Fue una guerra de ‘la pardocracia’, como la llamaba Bolívar, contra el “mantuanismo”.

El Libertador, que había visto lo ocurrido en Haití a principios del siglo XIX, cuando los esclavos se levantaron contra sus amos y los negros contra los blancos, temió que lo mismo ocurriera en Venezuela, y procedió a dictar su famoso Decreto de Guerra a Muerte para convertir el enfrentamiento de clases en una guerra de nacionalidades de americanos o venezolanos contra españoles. Por eso mismo fusiló a Piar, uno de sus mejores generales: mulato, era peligrosamente sensible a la fractura social que había generado Boves.

Si se tienen en cuenta estos antecedentes históricos, perfectamente demostrables, los ataques de Chávez a lo que llama la oligarquía y sus alusiones raciales cuando se dice hijo de ‘la madre África’ y no de ‘la madre España’, lo colocan más como heredero de Boves que de Bolívar. Nada más lejos de su socialismo del siglo XXI que el pensamiento del Libertador. Por cierto, Marx, inspirador de dicho socialismo, se refería a Bolívar en términos muy despectivos.



15. Durante más de 500 años una oligarquía blanca ha oprimido a los pueblos indígenas, que ahora, por primera vez, en varios países del continente reivindican su derecho a ejercer el poder e imponer sus valores

Sin desconocer que el tema étnico ha tenido mucho peso en el desarrollo y la realidad latinoamericana, no podemos aceptar afirmaciones como ésta que son utilizadas por el discurso populista. Se busca con ellas poner a nuestros países fuera del ámbito de la cultura occidental en aras de una supuesta pureza ‘originaria’ que existiría antes de la llegada de Colón. El país donde ha alcanzado su apogeo es Bolivia, con la llegada al poder de Evo Morales, lo que de pronto ha puesto en peligro la unidad de ese país dado que las provincias más prósperas, como Santa Cruz y Tarija, no se identifican con el distorsionado discurso indigenista. Parece más una puesta en escena que otra cosa. Es simplista,

aún en la propia Bolivia, hablar de blancos y de indios los primeros como miembros de una minoría explotada y los segundos como representantes de una mayoría por siglos explotada, pues el hecho real es que allí, como en otros países andinos, la inmensa mayoría está compuesta de mestizos o, como decía algún humorista, de gente café con leche (unos con más café y otros con más leche). A esta categoría pertenece el propio Morales. Su mentor en estos alardes es Hugo Chávez, quien reivindica al cacique Guacaipuro y quien, por otro lado, habla ahora de ‘la madre África’ y no de ‘la madre España’. Lo mejor es poner estos alardes en la cuenta del folclore revolucionario.





Editores:
Plinio Apuleyo Mendoza
Guillermo Hirschfeld
Juan Manuel Arboleda

Patrocinado por:

